

HÉCTOR MÁRQUEZ

EL VERDUGO / EL ESPEJO NEGRO / Teatro del SOHO / MÁLAGA 21-01-23

Recuerdo la primera vez que vi a Ángel Calvente y a Carmen Ledesma vestidos de negro entre la luz púrpura, con sus marionetas de gomaespuma desvergonzadas y descacharrantes, salidas como de un viaje de LSD entre los cartoons de Tex Avery, las chicas Almodóvar cuando eran chicas y la Divine de Pink Flamingo's. Era en el Colegio de Arquitectos cuando era la Modernidad. Ell@s eran muy jóvenes. Como yo.

Al principio los acompañaban otr@s dos geni@s del humor surreal y underground como eran Auxi Toro y Antonio Oliveira. Pero Calvente y Carmen no tardaron en separarse e imponer su línea familiar: provocadora, performática, corrosiva, capaz de aunar lo grotesco y lo tierno en un golpe de magia. Fueron escena underground. Mucha noche en discoteca, mucho pasacalle mal pagado, miles de personajes movidos por un hilo irrompible: la celebración de la humanidad de l@s rechazados, la capacidad de unificar sutileza compasiva e inteligente y humor soez para abrir grietas en el sistema, para obligarte a mirar.

Y, por encima de todas las cosas: el genio capaz de darle alma a un muñeco que interroga a esos títeres de carne que somos los espectadores y retornos a mirar nuestro propio espejo de sombra. Hoy son realeza de la farándula nacional: 50 premios, entre ellos varios Max. Anoche fui a verlos al Soho. Mi primera vez. Me intrigaba que adaptaran una de las películas más arriesgadas de Berlanga, El Verdugo.

Teatro abarrotado. Ángel recibía en las escaleras niquelao como un papanoe hipster. Su hijo Laín era uno de los cuatro manipuladores que movían a los personajes. Lo delataba su forma de moverse, tan genialmente Calvente. Recordé mis primeros reportajes periodísticos en Diario 16 a El Espejo. Cómo dejé de hacer críticas teatrales porque salvo casos como el suyo, no siempre terminaba precisamente satisfecho con lo que veía en escena y me dolía ser implacable con quienes habían sido mis compañeros años antes. Me acordé de Laín canijillo siendo un chaveíta. Ángel y Carmen -la Vivienne Westwood del Espejo Negro- seguían siendo los de siempre. Más sabios, eso sí. Han aumentado los medios y eso les permite alardes técnicos y mejor promoción publicitaria. Más el "Efecto Banderas" que ha empujado a much@s malagueñ@s descubrirse en su espejo negro por primera vez.

Me equivoqué al pensar que quizás iban a pasarse a una suerte de repertorio neoclásico como hacen a veces quienes ya han sido aceptados por la Academia. Que hablar ahora de la España del año 60 era no comprometerse con la que está cayendo, como siempre hicieron. Porque si de algo no se le puede acusar a Espejo Negro es de subirse al carro de las correcciones políticas y de hablar de travestis o transgéneros cuando ya los Javis lo han convertido en mainstream. No, querid@s. El Espejo negro estuvo ahí desde el principio. Y al elegir esta pieza de Azcona y Berlanga imaginada para el cine y una sociedad de hace 60 años y transformarla en magia expresionista de voces y marionetas, no sólo han desplegado un alarde técnico donde todo se muestra delante de nuestros ojos como la buena magia, la magia de cerca, sino que nos han recordado que las bases de esta sociedad tan completamente precarizada,

manipulable e infantil, capaz de justificar la monstruosidad por un beneficio banal, es la misma en la que hoy estamos flotando. Nos quitas la tecnología y se nos ve esa misma alma: simple y egoísta hasta la ruindad y la sumisión; una sociedad de pobres infelices sin capacidad apenas de libre albedrío, donde la vida importa tan poco que es mejor tomársela a risa.

Una de las mayores genialidades en la forma de hacer de El espejo negro siempre ha consistido en apelar al asombro que nos provocan sus personajes al cobrar vida, con el que nos ganan nuestro corazón de niños, para una vez allí, mientras abrimos los ojos y la boca, mostrarnos la verdad que no queremos ver. Al contrario que los poderosos que usan esas técnicas para sustraernos la cartera y la dignidad mientras miramos los fuegos artificiales, estos cómicos, este papanoël de apellido Calvente, nos deja un regalo en el bolsillo. No es un regalo fácil. Nos interpela. Nos hace cómplices de la abyección y el rechazo. Pero es el regalo que necesitamos. Tan sencillo pero tan complicado de aceptar: un espejo que revela lo que realmente somos.

PD: Mi amiga Lola me dijo que uno de los personajes de la obra, José Luis, le recordaba a mí. Más joven y sin gafas, pero es cierto: nariz, bigotillo y sombrerito. Intenté poner cara cómica de no querer ser verdugo junto al maestro Calvente. Por allí andaba también Juanma Lara, viejo amigo, que hoy llenará el Teatro Cervantes con su pieza hecha con actores sordos, y que también hace desde la voz, un fantástico cameo en El verdugo. Yo me siento muy feliz por todos ellos. Y por el resto de compañeros de una generación de farándula y fábula que fueron excepcionales desde el primer día pero que han tenido que esperar décadas para que su propia ciudad reconozca su genialidad, sin desfallecer, levantándose, trabajando. Haciendo magia de cerca para quien quisiera mirar.

Enhorabuena, querid@s.

